



REVISIÓN CRÍTICA

Mignolo, Walter D.

Habitar la frontera. Sentir y pensar la descolonialidad (antología, 1999-2004).

Barcelona: CIDOB y UACI, 2015, 514 pp.

Ivana Belén Ruiz-Estramil*¹

* Universidad del País Vasco
IVANABELEN17@yahoo.es

Walter Mignolo, semiólogo argentino y profesor de la Universidad de Duke (Carolina del Norte —Estados Unidos—) es mundialmente conocido por trabajos como *The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality, Colonization*, entre muchos otros.² Conocido también por haber sido uno de los impulsores del proyecto Modernidad/Colonialidad en donde coincidían a nivel internacional autores como Aníbal Quijano, Arturo Escobar, Edgardo Lander, Enrique Dussel, entre otros, nos presenta en esta ocasión la obra “*Habitar la frontera. Sentir y pensar la descolonialidad (antología, 1999-2004)*”. En este escrito-recopilación de varios trabajos y entrevistas, el autor nos acerca a un debate que cada día gana actualidad y en donde las sucesivas transformaciones no hacen más que reactualizar la urgencia del planteamiento colonialidad/descolonialidad.

Modernidad/Colonialidad como dos caras de una misma moneda. Esa es sin duda la idea principal que se puede desprender de los sucesivos escritos. La colonialidad, como cara oculta de la modernidad está siempre presente, y aunque pueda resultar imperceptible, esa característica perdura en los subterráneos de cualesquiera de las transformaciones que se intentan desarrollar, hasta que no se toma conciencia de la presencia de esta marca colonial. De forma agazapada, parece estar incrustada en la propia epistemología social haciendo que incluso los cambios aparentemente estructurales, se muevan aún sin saberlo sobre las coordenadas que la colonialidad tolera.

¹ Beneficiaria de Beca del Gobierno Vasco del Programa de Formación de Personal Investigador No-Doctor.

² Véase: Mignolo, W., 2009: *Historias locales / diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo; La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Gedisa



Mignolo nos habla de que “la colonialidad es una de las más trágicas «consecuencias de la modernidad» y al mismo tiempo la más esperanzadora, en el sentido de que ha dado lugar a la marcha global hacia la descolonización” (p.37). Colonialidad entonces, como una de las más trágicas consecuencias que ha justificado la violencia física y simbólica ejercida en nombre de la modernidad. Esperanzadora al mismo tiempo, porque el ser consciente de su existencia y su poder latente, hace posible emprender un proceso de desprendimiento de la misma, no caer en una mera “desoccidentalización” (p.26 y ss.) sino profundizar en un proceso de descolonización. Éste proceso de desoccidentalización pasa por pasar por entender que muchos de los preceptos que se han adoptado a nivel global, al tener una procedencia muy específica y enmarcarse en una realidad concreta, dejaban fuera de su formulación a todos aquellos que no cumplieran con los requisitos para ser considerados “modernos”. Algo que terminaba considerando solo a los hombres, europeos y blancos como sujetos de esa humanidad que pretendía empezar a erguirse y que en la Ilustración se ve claramente; “la «Ilustración» no era para todo el mundo, a menos que llegaran a ser «modernos» según la idea europea de modernidad” (p.37-38).

A partir del momento en el que se instituyen estos principios, y con más fuerza en el transcurrir de los años, se va extendiendo el pensamiento de que es adoptando estos ideales como se consigue alcanzar el estatus de «Moderno». Sin ningún cuestionamiento, estos principios van a ir penetrando en realidades tan ajenas a los orígenes del término en cómo las propias colonias del país en el que se formularon, colonias habitadas por seres que ni siquiera habían sido considerados como personas. Ahondando aún más, el sistema de dominación se iba a perpetuar con una falsa sensación de libertad promovida por esos conceptos modernos que para nada hablaban de esos individuos. Se asiste así a un colonialismo mental, epistemológico, que delimita el propio campo de la reivindicación. Parece no haber escapatoria, pero como deja ver el autor ya empiezan a verse algunos atisbos de posibilidad, a través de la propia toma de consciencia respecto a cuál era la posición que ocupaban (y ocupan) esos sujetos “consumidores de modernidad universal”, pero en ningún caso “productores” (p. 38). Como momento reflexivo sobre la construcción del “sí mismo”, el individuo pasa a habitar el espacio de frontera. Como menciona el autor:

“«El Otro» (anthropos) decide desobedecer: una desobediencia epistémica y política que consiste en apropiarse de la modernidad europea al tiempo que se habita en la casa de la colonialidad. De esa experiencia, la experiencia de habitar la



exterioridad o sea la casa de la colonialidad, surge la epistemología y el pensamiento de fronteras” (p. 38-39).

El concepto de Modernidad, así como los contenidos de los que se dota, se construyen no solo en oposición a un periodo anterior marcando una distinción temporal y encarnando la propia idea de progreso, sino que además el concepto que también se desarrolla al mismo tiempo creando como oposición a unos “otros” que van a ser los considerados “no modernos”, “no humanos”, inferiores. Como señala Mignolo se trata de un trabajo de doble construcción entorno a una diferencia:

“La construcción de la diferencia colonial va de la mano del establecimiento de la exterioridad: la exterioridad es el lugar donde se inventa lo externo (por ejemplo, anthropos) en el proceso de crear lo interno (por ejemplo, humanitas) con el fin de salvaguardar el espacio seguro donde vive el enunciante” (p.42-43).

Asistimos a un proceso de construcción exterior-interior de esa relacionalidad. Encuentro, que da como resultado la aparición de la «exterioridad» funcional a las pretensiones de la modernidad naciente, con un “afuera que está dentro porque contribuye a la definición de mismidad” (p.50). Así como los sujetos se construían entre “homo” y “anthropos”, aquí se construye entre interno-externo, donde los primeros contienen siempre a los segundos como condición de posibilidad sine qua non. La cosa parece aún complejizarse más cuando asistimos a la apropiación y auto-reconocimiento que los individuos externamente categorizados en el “anthropos”, toman para sí esa categoría y se ubican en ella con el fin de plantar resistencia y reivindicar existencia desde esas propias posiciones:

“No soy esencialmente negro, indígena u homosexual, pero devengo negro, indígena u homosexual por los principios raciales y patriarcales de la epistemología imperial” (p.151).

El autor nos muestra como en Europa se presenta como el Centro, no sólo geopolítico-económico, sino también en el terreno epistemológico, lo que trae consigo el poder de elaborar un discurso que será considerado como legítimo y racional, por lo tanto universalizable. Utilizando palabras del internacionalmente reconocido filósofo y teólogo Enrique Dussel:

“Europa se afirma a sí misma como el “centro” de la historia Mundial que inaugura: la “periferia” que rodea este centro es consecuentemente parte de su propia definición. La oclusión de esta periferia (y finales del siglo XV al XVI) guía a los pensadores



contemporáneos mayores del “centro” en la falacia eurocéntrica de su entendimiento de la modernidad. Si su comprensión de la genealogía de la modernidad es así parcial y provincial, sus intentos de una crítica o una defensa son igualmente unilaterales, y en parte, falsos” (Dussel, en p. 165).

La afirmación de Europa se produce por medio de la construcción de una exterioridad, esa “periferia” que refuerza la existencia de un “centro”. Esa periferia a su vez, ha de tener como paradigma a seguir ese centro e incluso valiéndose de sus herramientas, configura una especie de colonialismo cognitivo que opera tan interiorizada y sistemáticamente que parece no existir, de tal manera que se naturaliza dentro de esa pretendida universalidad. Siguiendo al autor, se necesita reivindicar una epistemología desobediente que promueva el desprendimiento de procesos destinados a conformar esas “periferias” que refuerzan el auto-referencial “centro”. Para poder pensar decolonialmente se necesita habitar y pensar desde la frontera, promoviendo también así nuevos horizontes ya no centrados en el ideal instaurado por el “centro”, sino el promovido por ella misma:

“El pensamiento fronterizo es, dicho de otra forma, el pensamiento de nosotros y nosotras, *anthropos*, quienes no aspiramos a convertirnos en humanitas, porque fue la enunciación de la humanitas lo que nos definió como *anthropos*. Nos desprendemos de la humanitas, nos volvemos epistemológicamente desobedientes, y pensamos y hacemos descolonialmente, habitando y pensando en las fronteras y las historias locales, confrontándonos a los designios globales. Nos orgullecemos de ser *anthropos* frente a la arrogancia imperial de la humanitas” (p.181).

Reivindicación del *anthropos* desde el *anthropos*, desde esas vidas consideradas como desechables.

El ejercicio de la colonialidad, operando con fuerza en la construcción de clasificaciones y haciendo de ellas algo naturalizado, muestra aquí también ese estatus de ser la otra cara de la moneda de la modernidad actúa como soporte epistemológico. La construcción de periferias que se configuran desde el “centro”, ese “otro” frente al cual se quiere construir el “sí mismo”, esa relacionalidad vertical, relación de poder oculta, solo puede ser enfrentada desde un pensamiento consciente de su propia posición: “*El pensamiento fronterizo surge del habitar no el afuera, sino la exterioridad, el afuera construido por el adentro*” (p. 379). El reconocerse dentro de esa exterioridad, tomar consciencia de ella y de cómo se ha formado es lo que constituye el



primer paso dentro del pensamiento de frontera y la construcción del sujeto decolonial. Reconocerse en el *anthropos* es pues renegar de la entrada en el *humanitas*. Al hacerlo se está dando un paso atrás también con respecto a esa universalización del ideal moderno/colonial pues se está desafiando al discurso hegemónico. Como nos recuerda el autor, es fundamental des-universalizar el discurso sobre el propio mundo:

“La geopolítica del conocimiento o, mejor aún, del sentir, pensar y creer es fundamental para darnos cuenta de que la universalidad del conocimiento es una ficción regional que logró convencer a mucha gente de que no era una invención, sino que el mundo realmente era así” (p.41).

El autor recopila a lo largo de su obra todos los argumentos necesarios para explicar la urgencia de un pensamiento de frontera que sirva para desmitificar las universalizaciones naturalizadas. Universalizaciones que no tienen más que como último fin el construir un discurso que potencie y retroalimente constantemente la existencia de un “centro” legitimado y una “periferia” que aspira al centro y que se vale de sus términos para entenderse.

Quizás la urgencia de una nueva mirada es la moraleja más clara que la obra nos deja y quizás también la necesidad de descentrar todas las visiones del ya clásico eje occidental. Pero de lo que desde luego ya no cabe duda, es que no se puede olvidar la realidad social que acontece en los márgenes de ese centro auto-posicionado, ególatra y auto-referencial.

El planteamiento de la modernidad/colonialidad como dos caras de una misma moneda nos obliga a operar con una lógica de sospecha respecto a cada realidad social, incluso las pretendidas como emancipadoras, para no confundir des-occidentalización con des-colonialidad. Algo muy probable si no se trabaja desde una posición consciente de su situación fronteriza, como sujeto que habita la exterioridad, con la lógica epistémica del colonizador. El ser consciente por tanto de esa posición permitiría dar el primer paso para iniciar un verdadero proceso de descolonización. Se trata entonces de un tomar consciencia de la propia invención discursiva de nuestro pensamiento como parte del propio proceso de descolonización:

“«El otro», sin embargo, no existe ontológicamente. Es una invención discursiva. ¿Quién inventó al «otro» sino «el mismo» en el proceso de construirse a «sí mismo»? De pronto tú mismo eres «el otro» y crees que «el otro» no eres tú. Yo soy «el otro» y por eso escribo como «el otro» y no para ser reconocido como «el mismo»” (p. 178).



Todo parece indicar que el trabajo de descolonización pasa por la propia manera de entendernos dentro de las coordenadas que el complejo modernidad/colonialidad nos permite. De ahí derivaría el primer paso de un proceso mucho mayor encaminado a la salida de esa extraterritorialidad en la que se ha colocado a ese individuo “otro” para la construcción de un “sí mismo” .

Esta obra desde luego, aporta un exhaustivo compendio de reflexiones en torno a ese ser que tantas veces ha sido definido externamente pero que tan pocas veces ha podido definirse y ser escuchado, y si se lo ha hecho, ha sido siempre desde los parámetros coloniales. La misma puesta en evidencia de este hecho, que es a lo que contribuye la obra, muestra la urgencia y las posibilidades que se abren en este marco, tan solo con aproximarse a esa moneda de doble cara, modernidad/colonialidad.